SUYAI ESPERANZA

Estefania Antonella de la Cerda Marincovich

10 años
Antofagasta
Primer lugar regional

Ilustración: Sol Díaz

En el pueblo de diaguitas, vivía una niña de siete años con trenzas largas y brillantes. Se caracterizaba por ser amable, tranquila y tímida. Le gustaba hacer trabajos de alfarería, como su abuelo y toda su familia. Un día, con su madre, fabricó su primer jarro. Fue emocionante trabajar con ella. Fue una experiencia inolvidable. Esa jarra era especial, hecha de cariño, historia y recuerdo.

Al mes siguiente, se dirigieron a una exposición. Una vez al año mostraban sus trabajos. Era un momento de mucho orgullo. Suyai se presentó con su mejor vestimenta y con su jarra en mano. Ese día estaba muy ansiosa. Sus pies no le respondían.

Los primeros en llegar fueron unos estudiantes de su edad. Suyai quiso explicar su trabajo, pero su voz y sus pies se enredaron. Suyai vio caer su jarro y quebrarse en pedazos, pero lo que más le afectó fue escuchar las risas de los niños. Suyai quería salir corriendo. Como pudo, recogió los trozos del suelo y se apartó para tratar de armarlo. En eso escuchó una voz. Era una canción diaguita que le cantaba su abuela. Su corazón se calmó. Sus ojos dejaron de llorar y al mirar al frente, estaban los estudiantes cantando la canción de su abuela y con trozos de su jarra en sus manos. Pero, ¿cómo era posible? La maestra se acercó a ella. Le pasó los trozos que le faltaban y le dijo: “No es primera vez que vengo a esta exposición. Años atrás, una amable señora me enseñó esta canción en tu idioma y hoy la cantan todos mis alumnos”. Suyai sintió la presencia de su abuela y sus palabras de aliento. Y desde ese día fue con ánimo y orgullo a la escuela.